

El opúsculo "De inani gloria" de S. Juan Crisóstomo

El que buscara entre las magnas colecciones de las *Opera Omnia* de San Juan Crisóstomo los trece ciclópeos volúmenes de la edición montfauconiana, los dieciocho de Migne o los veintiuno de la de Vives con versión francesa de Barlille la obra «sobre la vanagloria y cómo han de educar los padres a los hijos», se desojaría en vano. Ni siquiera entre los *Dubia et spuria* mereció una pobre acogida, sin duda por culpa de los colaboradores del gran maurino, que se dejaron llevar del juicio adverso de Oudin y se lo impusieron al anciano de ochenta y tres años que era entonces Montfaucon. Este estudiaba cuidadosamente los problemas de autenticidad y hubiera sin duda terminado admitiendo la del tratado crisostómico. La exclusión de la edición montfauconiana llevó consigo la omisión de la obra en la edición de Migne y todo ello contribuyó para que siguiera en la oscuridad y apenas nadie la haya tenido ante los ojos.

La misma tradición manuscrita es también escasa. Al principio sólo se conocía el *Parisinus graecus* 764 (Olim Reg. 1974) que fué mencionado por S. Haidacher (1907) y tomado por Fr. Schulte como base de su edición (1914). Recientemente, B. K. Exarchos ha coleccionado otro ms. del convento Leimon en Lesbos y, aprovechando la anterior labor de Haidacher y Schulte, nos ha ofrecido una nueva edición del opúsculo de S. Juan Crisóstomo, al que tan malos hados han acompañado hasta el presente: *Habent sua fata libelli*. Nosotros queremos contribuir a que los tenga más gloriosos en lo porvenir, reproduciendo

do aquí el texto griego de Exarchos (que no deja de tener algún que otro *mendum*), poniendo así al alcance de cualquier mano una obra crisostómica deliciosa y por tantos conceptos interesante, pero que sigue siendo aún una verdadera rareza. De Exarchos también, fundamentalmente, tomamos las noticias introductorias que van a seguir.

La *edito princeps* (París 1656), con versión latina se debe a Francisco Combefis, que puso al tratadito este título: *Sancti Iohannis Chrysostomi. De educandis liberis liber aureus* ¹. La edición de Combefis, fundada en el códice de la colección del cardenal Mazarino (el hoy *Parisinus graecus* 764 ya citado), está dedicada al mismo magnífico cardenal. Combefis tuvo por indubitable la autenticidad de la obra y, en la Dedicatoria, señaló las razones en que se fundaba. Pero no muchos años después, en 1722, en su *Commentarius de scriptoribus ecclesiasticis antiquis*, t. 1, C. Oudin declaraba inauténtico el opúsculo *De inani gloria et de liberis educandis*, que él, conforme a su doble título, consideraba como la aglutinación de las dos «églogas»: La *περὶ ἀλαζονείας καὶ κενοδοξίας* (PG. 63, 671-678) y la *περὶ παίδων ἀνατροφῆς* (PG. 63, 763-772).

Como es notorio, las «églogas» (*ἐκλογή* = selección, extracto de un autor) son centones de las obras auténticas de S. Juan Crisóstomo, debidos a Teodoro Daphnopates (siglo x). El error de Oudin es grueso. El *De inani gloria* no tiene nada de centón. La lectura justamente de las «églogas» es un buen contraste para la prueba de la autenticidad del *De inani gloria*. Tillemont, en cambio, aun dentro de la reserva que le caracteriza, aceptó la tesis de Combefis y declaró que la obra era digna de S. Juan Crisóstomo. Nada descubría en ella que justificara la duda acerca de la autenticidad.

Por culpa, sin embargo, de los colaboradores de Montfaucon

¹ El título completo de la edición de Combefis reza así «Sancti Iohannis Chrysostomi, De educandis liberis liber aureus. Eiusdem tractatus alii quinque qua festivi qua parainetici. Severiani Gabalorum episcopi, De cruce. Basili Selucia, De Stephano eiusque reliquiis. Zachariae Hierosolymorum Antistitis ad suae plebis reliquias epistolae Perside, incertique aqualis de eadem captivitate ac Sanctae Urbis excidio. Paris 1656».

y de los consejeros de Migne, la obra crisostómica siguió en el más absoluto olvido hasta que en 1907, S. Haidacher, benemérito estudioso de S. Juan Crisóstomo, la sacó a luz en versión alemana, reivindicó su autenticidad con razones definitivas, le señaló su puesto dentro de la producción crisostómica y aun añadió un florilegio de pasajes de las obras del santo acerca de la educación de los hijos ². Haidacher no pudo cumplir su propósito de editar también el texto griego y hubo que esperar a 1914 (dos siglos y medio después de la *editio princeps*) para ver de nuevo impreso el texto griego por obra de Schulte ³. Schulte, siguiendo a Haidacher, defendió también la autenticidad de la obra crisostómica. Después, nadie la ha vuelto a poner en duda. Sólo recientemente, D. N. Moraites ha intentado demostrar que se trata del producto de un imitador crisostómico que habría formado un conglutinado, sin unidad interna alguna, de dos fragmentos: Uno sobre la vanagloria y otro sobre la educación de los hijos ⁴. Contra Moraites, Exarchos replanteó en 1948 la cuestión de la autenticidad, y llegó a la conclusión de que ésta no puede ponerse en duda ⁵. La misma tesis se mantiene en la edición y comentario del texto griego en 1952.

Contra la autenticidad se objeta la diversidad de lengua, de opiniones psicológicas, pedagógicas y otras entre este escrito y el resto de las obras reconocidamente crisostómicas, su mayor dependencia de escritos de la antigüedad pagana, concretamente, del *De liberis educandis* de Plutarco y, fin, el marcado carácter de compilación que ofrecería la obra misma, claramente dividida en dos partes extrañamente distintas: De la vanagloria (c. 1-15) y de la educación de los hijos (c. 16-90). Sólo la primera procedería de S. Juan Crisóstomo.

² *Des hl. Johannes Chrysostomus Büchlein über Hoffart und Kindererziehung einer Blumenlese über Jugenderziehung aus seinen Schriften übersetzt und herausgeben von Dr. Sebastian Haidacher*, Freiburg i. Br. (Herder), 1907.

³ *S. Iohannis Chrysostomi «De inani gloria», et de educandis liberis...* edidit Franciscus Schulte. Monasterii Guesfalorum, 1914, XXIII, 34 p.

⁴ Nota 12, p. 11.

⁵ Nota 3, p. 11.

Pero ninguna de estas objeciones tiene consistencia bastante. Del vocabulario del *De inani gloria* se habían señalado 16 palabras que se suponía extrañas al uso de S. Juan Crisóstomo. De las 16, 14 se ha comprobado que se hallan en las obras auténticas. Quedan dos aisladas, que nada prueban (y que acaso también se hallen. Todavía no poseemos un *Lexicon Chrysostomicum*). Lo mismo hay que decir de ciertos giros que se habían creído peculiares del *De inani gloria*. Sólo quedan dos $\rho\omicron\rho\nu\epsilon\acute{\upsilon}\epsilon\iota\nu\ \epsilon\iota\varsigma$ (que se halla en Clemente Alejandrino) y $\tau\omicron\pi\ \alpha\rho\acute{\alpha}\delta\epsilon\iota\gamma\mu\alpha\ \delta\iota\alpha\phi\theta\epsilon\acute{\iota}\rho\epsilon\iota$ que no han sido comprobados. Sobre la sintaxis, en general, de San Juan Crisóstomo hace Exarchos una atinada observación que es bien recoger aquí ampliamente: «Como es bien sabido, las obras del Santo se dividen en homiléticas, que son la redacción corregida de las instrucciones por lo general improvisadas pronunciadas en la Iglesia, y las tranquilamente compuestas sobre la mesa de estudio. Estas últimas tienen ciertamente una forma y lenguaje más elegante y pueden ser calificadas de aticistas; las primeras son forzosamente más sencillas y contienen numerosos elementos de la lengua de la conversación. Si se pasa por alto este hecho y se toma por criterio la elegancia, es decir, el aticismo, de temer es no se hallen en absoluto obras auténticas de San Juan Crisóstomo». Dicho se está con ello que el *De inani gloria* no es un modelo de composición ni de elegancia; pero las construcciones «inferiores» que se notan en él, tienen paralelos en las obras auténticas de su mismo carácter homilético. Se ha aducido también el diferente modo de tratar el mismo tema en el *De inani gloria* y otros escritos del Santo, por ejemplo, en la *Hom. 9 in I Tim. 2*. Este párrafo 2 de la *Hom. 9 in I Tim.* es muy digno de ser leído y lejos de constituir la más leve objeción a la autenticidad, la confirma plenamente. He aquí algunos pensamientos de la Homilía que el lector hallará esparcidos acá y allá del *De inani gloria* (así también, a ejemplo de Haidacher reunimos aquí una breve antología de ideas crisostómicas sobre la educación de los hijos):

No será pequeña, sino muy grande la recompensa que recibirán los padres, si mantienen a sus hijos en la caridad y en la castidad, pues han formado atletas para Cristo. Oídlo, padres

y madres, la crianza de vuestros hijos no quedará sin recompensa. Porque no es pequeña cosa consagrar a Dios los hijos que de Dios se han recibido. Si se han echado bien la base y fundamentos desde el principio, el galardón tiene que ser grande, como grande será el castigo de la negligencia. Ejemplo Eli (un ejemplo ampliamente comentado en *Adv. opp. vitae monast.* III, 3). Oidlo, padres: Educad a vuestros hijos en la disciplina y corrección del Señor con mucha diligencia. Fiera cosa es la juventud...Es un potro indómito, una fiera sin domesticar. Ahora bien, si desde la primera edad le señalamos límites convenientes, no necesitaremos luego de mucho trabajo, pues la costumbre se habrá convertido en ley. Conservemos sobre todo la castidad de los jóvenes. La impureza es la que hace mayores estragos en la juventud. Procurémosles pronto esposa, de suerte que ésta reciba puros e intactos sus cuerpos. Estos son los amores más ardientes. El que antes del matrimonio es casto, mucho más lo será después. Por el contrario, el que antes del matrimonio aprende a fornicar, también fornicará después, porque *al fornicario* —dice la Escritura— *cualquier pan le sabe bueno* (Eccli. 23, 24). De ahí que en la boda se ponen coronas en la cabeza, símbolo de la victoria, por no haberse dejado vencer por el placer; pero, si dominados por él, se han entregado a ramerías, ¿qué derecho tienen, derrotados, a llevar coronas en la cabeza? Sobre esto hemos de exhortarlos, reprenderlos, espantarlos, amenazarles, apelando unas veces a una cosa y otras a otra. Gran depósito se nos ha confiado en los hijos. Cuidémonos, pues, de ellos y hagamos todo lo posible por que no nos los arrebatase el maligno. Ahora, a la verdad, hacemos todo lo contrario. Todo nuestro afán es poseer un bello campo y confiarlo a un hombre de fiar. Buscamos un arriero, un mulatero, un administrador, un contador lo más inteligente posible; pero no miramos para nada confiar nuestro hijo a quien sea capaz de guardar su castidad. Y, sin embargo, es la riqueza principal y por razón de ella se buscan las demás. Nos preocupamos de lo que van a poseer y no nos preocupamos de ellos mismos. ¡Qué insensatez! Forma el alma de tu hijo y todo lo demás le vendrá por sí mismo. Si el alma no es buena, de nada le valen las riquezas; si el alma es recta, nada puede la pobreza.

Si quieres dejarlo rico, enséñale a ser bueno, pues así será capaz de reunir riquezas; y, si no la tiene, no será menos que los que la poseen. Pero si es malo, por mucho que les dejes, no le has dejado un guardián de su riqueza y lo has hecho peor que los más miserables... Vosotras, madres, cuidad particularmente de vuestras hijas. Su custodia ha de seros fácil. Vigilad por que sean amigas de casa; pero, sobre todo, enseñadles a ser piadosas, modestas, a despreciar las riquezas y no buscar las galas. Así habéis de llevarlas al matrimonio. Si así las formáis, no sólo las salvaréis a ellas, sino también al hombre que ha de tomarlas por esposas. Y no sólo al hombre, sino a los hijos; y no sólo a los hijos, sino también a los nietos. Porque cuando la raíz es buena, las ramas se extienden hacia lo mejor, y de todo esto recibiréis el galardón... La hija ha de salir de la casa paterna, como un atleta de la palestra, con cabal conocimiento de su ciencia, como levadura que ha de transformar toda la masa en su propia belleza...».

El aire de familia de estas ideas con las del *De inani gloria* salta a los ojos. Parece mentira se haya podido alegar un escrito contra otro. El que se tome el trabajo de organizar o sistematizar las ideas pedagógicas del gran Padre de la Iglesia —trabajo por cierto bien incitante—, nos daría la prueba más patente de la armonía total de su pensamiento en este y en los otros escritos. La tarea, por lo demás, ha sido llevada ampliamente a cabo por Exarchos en la copiosa anotación de su edición, que supone un maravilloso dominio y familiaridad con la inmensa producción crisostómica. La demostración de Exarchos es abrumadora. Aquí nos limitaremos a uno que otro ejemplo. Tomemos al azar una cualquiera de las ideas o temas favoritos de San Juan Crisóstomo: Su inquina contra el teatro de su tiempo. Abra el lector las Homilias *in Matth* .(que se citan aquí por suponerlas más fácilmente al alcance de su mano). Por ejemplo, la *Hom.* 6, 7. El teatro es una invención del demonio para enervar a los soldados de Cristo. Pablo condena la bufonería y la chocarrería y él hace de ellas una profesión. Y san justamente los cristianos los que sostienen a cómicos y farsantes con su asistencia y aplausos. Allí se ríe de un adulterio. Lo que Pablo llama sacramento grande, allí se expone

a público ultraje. No se objete que todo eso es representación. Si el hecho es malo su representación no puede ser buena. Ni en la pública plaza ni en casa siquiera, se consiente que se presente una mujer desnuda. Eso se califica de insolencia y desvergüenza. La mujer que así se exhibe en el teatro es, sí, una ramera; pero su sexo es el mismo que el de tu esposa. En ella se deshonra todo el sexo femenino.

El teatro, pues, es fuente de corrupción y de inmoralidad y hasta de oprobio, para los hombres que lo frecuentan. ¿Qué ha de pensar el educador tratando de niños y jóvenes? El educador es tanto o más intransigente que el predicador, pues a la verdad predicador y educador son uno sólo. Abrimos el *De inani gloria* por su capítulo 55. Hay que guardar la puerta de los ojos, hermosa de suyo y de difícil custodia. Aquí son menester leyes severas. Y ante todo, una: «Que el niño no sea jamás enviado al teatro, si no queremos que reciba una peste total que ha de venirle tanto por el oído como por los ojos». Y en los capítulos, tan importantes, sobre la concupiscencia, se insiste categóricamente: «Primeramente, pues, apartemos al niño de espectáculos y audiciones deshonestas y jamás suba al teatro un niño libre» (C. 77). El padre ha de infamar de palabra (καταβάλλειν «derribar») todos esos espectáculos, diciéndole al niño: «Hijo mío, todos esos espectáculos, ir a ver mujeres desnudas que dicen deshonestidades, es propio de gente vil. Prométeme que allí no has de oír ni pronunciar palabra indecente, y puedes ir. Pero es imposible que no oigas allí nada deshonesto. Lo que allí se hace es indigno de tus ojos». (c. 78). «Vaya el niño a la iglesia. Y, tomándolo el padre al atardecer, cuando termina el teatro, váyale mostrando los que de allí bajan y ponga en ridículo a los viejos, porque se han vuelto más insensatos que los jóvenes, y a éstos, porque salen de allí abrazados de pasiones. Y pregunte al niño: ¿Qué provecho han sacado todos éstos? Ningún otro, sino vergüenza, oprobio y condenación». Y concluye Juan: «Y, de modo absoluto, no contribuye poco a la castidad, apartarse de todos aquellos espectáculos y audiciones» (c. 79). Es la traducción, a la educación, de la enseñanza del moralista. La armonía es absolutamente perfecta. El ejemplo puede fácilmente multiplicarse. Aleguemos

alguno positivo. Abramos las *Homilias sobre Ana* (Juan hubo de gustar particularmente de esta bella historia del libro II de los Reyes) y veamos qué piensa allí Juan sobre la educación de los hijos. Con ello añadimos un buen manojito de ideas a nuestra antología.

Tres maestros ha procurado al hombre la providencia divina: La creación que con sus maravillas le lleva al conocimiento del creador, la conciencia que le dicta lo que ha de hacer o evitar y el padre, que no es ya maestro mudo, como los otros dos, sino que con su palabra, con su exhortación y consejo tiene por misión educar nuestra alma. Dios ha cuidado que nos amen nuestros padres a fin de tener en ellos educadores o maestros de virtud. No es sólo la generación la que confiere la paternidad, sino el educar bien; ni el mero dar a luz hace madres, sino el criar bien al hijo. La prueba es que al hijo malvado se le deshereda y se adopta a un extraño. La Escritura habla en muchas partes de la recompensa que espera a los padres por la buena crianza de sus hijos. Y la recompensa no se promete sólo al padre, sino también a la madre. Pablo habla de la transgresión y castigo de la mujer; pero añade que se salvará por la crianza de los hijos. No fué tanto el daño que le vino de la culpa, cuanto puede ser el bien, si cumple sus deberes de madre: «Porque los hijos engendrados, si gozan del cuidado conveniente y son por tu diligencia llevados a la virtud, serán para ti ocasión y causa magnífica de salvación, y, aparte tus propios merecimientos, recibirás recompensa grande por el cuidado en educarlos». Pero hay que insistir en que no el mero dar a luz es lo que hace madre. San Pablo mismo, si bien dijo que la mujer se salvará por la generación de los hijos, no se paró ahí, sino que añadió: «Si permanecieren en la fe, y en la caridad, en la santificación con castidad» (1 *Tim.* 2, 15). Lo uno es obra de naturaleza; lo otro de nuestra voluntad. La obra justamente de la educación de los hijos —lo mismo varones que hembras— pertenece señaladamente a la madre, pues ella permanece más tiempo en casa. A los hombres frecuentemente los distraen los viajes, las preocupaciones del ágora y la política. Así lo hicieron antiguas ilustres mujeres, que comprendieron su deber de «conducir a sus

hijos a la filosofía». Tal esta Ana bíblica, cuya historia va a relatar Juan, extendiéndose en cada pormenor con aquella difusión, complacencia y regusto de la palabra divina que a nosotros a veces fatiga. Recojamos algún bello pensamiento. Ana consagra a Dios su hijo aún antes de tenerlo, y se lo consagra enteramente y no pretende otro fruto que el educarlo o criarlo, «pues tiene por bastante recompensa trabajar en la formación de un sacerdote para Dios». En fin, ya que dió a luz al niño, le puso por nombre Samuel, es decir, «oirá a Dios». Quiso Ana dejar en el nombre mismo, como en estela de bronce, el recuerdo de la gracia que Dios le hiciera. No dijo: «Llamémosle por el nombre del padre, del tío o del abuelo o del bisabuelo. No. El mismo que nos lo ha dado, sea honrado por el nombre del niño».

Y viene ahora la parénesis final de la homilía, que voy a transcribir íntegra, siquiera como prueba de la perennidad viva de la palabra de este gran padre de la Iglesia.

«A esta mujer tenéis que emular las mujeres, a esta tenemos que imitar los hombres, diligencia pareja hemos de mostrar con nuestros hijos y así debemos educarlos, en todo la demás, y, señaladamente en lo que atañe a la castidad. Nada hay en que haya de ponerse tanto empeño y solicitud como en la castidad y pureza de los jóvenes. Porque no hay pasión que así moleste a esa edad. Y hemos de tener con los hijos la misma precaución que con las lámparas. Frecuentemente, cuando una sirvienta enciende una lámpara, la prevenimos no la lleve a dondo hay paja o hierba seca o cosa semejante, no sea que, sin saberlo nosotros, salte una chispa, prenda en aquella materia y nos abraza la casa entera. Tengamos esa misma providencia con los hijos y no llevemos sus ojos donde haya criadas deshonestas ni muchachas intemperantes ni esclavas disolutas. Si tuviéramos una sirvienta semejante, una vecina u otra mujer cualquiera, hemos de dar órdenes y tomar precauciones para que tales personas no se presenten en absoluto a la vista de los jóvenes ni les dirijan una palabra. Una chispa que de ellas se desprendiera, podría abrasar el alma entera del niño y producir un desastre sin remedio. Apartémoslos no sólo de los espectáculos, sino también de las audiciones muelles y diso-

lutas, no sea que su alma quede hechizada por ellas. No los llevemos a los teatros ni a los convites y embriagueces. Hemos de guardar a los jóvenes con más cuidado que a las doncellas encerradas en sus cámaras. No hay, en efecto, ornato de la juventud que pueda compararse con la corona de la castidad y que el joven llegue al matrimonio limpio de toda impureza. Así, cuando el alma no se ha entregado previamente a la fornicación ni se ha corrompido; cuando el joven no ha conocido más mujer que aquella con quien se ha unido en matrimonio, ésta se le hace más amable. Así, cuando los jóvenes van al matrimonio con esa guarda de la castidad, los amores son más ardientes, el cariño más genuino, la amistad más acendrada. Porque lo que ahora se hace no son matrimonios, sino simple negocio de dinero y comercio. Y es así que si antes del matrimonio el joven está corrompido y después del matrimonio pone los ojos en otra mujer, ¿para qué, dime, vale el matrimonio? Si teniendo mujer en casa, se deshonra con ramera y comete un adulterio, el castigo será mayor y el pecado no tiene perdón. Teniendo mujer, aun cuando sea una ramera con quien tiene trato el casado, su acción constituye un adulterio. Y esto sucede, y aun después del matrimonio corren a las mujeres perdidas, por no haber cuidado de guardar la castidad antes del matrimonio. De ahí las pendencias, las injurias, los trastornos de las familias, la guerra de cada día. De ahí que el amor a la mujer se desvanezca y marchite, pues lo destruye el trato de los prostibulos. Si el hombre, en cambio, sabe vivir templadamente, tendrá a su mujer por la cosa más amable del mundo, la mirará con gran cariño y tendrá con ella la mayor concordia. Ahora bien, habiendo paz y concordia, todos los bienes vendrán sobre aquella casa» (*Super Anna*, I, 6).

La segunda homilía sobre Ana nos ofrece una idea que puede servir para ilustrar un pasaje, objeto de sospecha, del *De inani gloria*. Nota San Juan Crisóstomo cómo Ana no se irrita de las injuriosas palabras del criado del sacerdote, pues se había ejercitado en casa en sufrir los ultrajes de su rival (II., 4 *circa finem*). Y en el capítulo del *De inani gloria* aconseja que, para ejercitar al niño en el dominio de la ira, haya quien justa o injustamente le irrite en casa. Así lo hacen los

atletas que, antes de los combates de verdad, se ejercitan con sus familiares, de modo que, vencidos éstos, sean luego invencibles para sus rivales. Así ha de ser enseñado el niño dentro de casa. La familia era evidentemente para Juan una palestra de todas las virtudes.

Más que la educación de los hijos y señaladamente la guarda de su castidad era la gran preocupación pastoral de Juan, pruébalo la parénesis final de esta misma homilía segunda sobre Ana. Sin duda el tema principal (si de tema principal puede hablarse en el vago girar de su pensamiento y de su palabra) era la oración; y, sin embargo, no se exhorta finalmente a la oración, sino a la vigilancia en la educación de los hijos en el punto señaladamente de la castidad:

«A esta mujer hemos de imitar también nosotros y buscar refugio en Dios en todas nuestras desgracias. Si no tenemos hijos, pidámoselos a El; si los recibimos, eduquémoslos con todo cuidado. Apartemos a los jóvenes de toda maldad y, particularmente, de la impureza. Dura es, en efecto, esta guerra y no hay pasión que así moleste a esta edad como la pasión impura. Formemos, pues, en torno a ellos una muralla con nuestros consejos, exhortaciones, temores y amenazas. Si logran dominar esta concupiscencia, no es fácil sean víctimas de otra alguna. Estarán por encima del dinero, dominarán la embriaguez, rechazarán con toda energía las francachelas y malas compañías y serán más amables a sus padres y más respetados de todo el mundo. ¿Quién no tendrá respeto a un joven casto? ¿Quién no amará a quien sabe poner freno a los torpes deseos? (*Super Anna*, II, 6).

Pongamos otro ejemplo, y, con él, fin a nuestra antología crisostómica sobre educación de los hijos. La obra de la educación es tan delicada que sólo manos muy expertas han de tomar parte en ella. El padre y la madre ante todo. De los esclavos, no todos. Han de ser bien conocidos, como los que se acercaran a labrar una estatua. En la construcción de un real palacio, no a cualquiera se le permite poner manos a la obra. El esclavo ha de ser bueno. Si no se dispone de un esclavo de confianza, hay que pagar a un hombre libre y encomendárselo a él todo, es decir, permitirle que colabore en la obra

de la educación (c. 38). Estas ideas nos evocan otras, bien conocidas, de San Juan Crisóstomo, como que alguna de ellas ha entrado en el Breviario Romano (fiesta de San José de Calasanz). Abrimos la *Hom.* 59, 7, *in Matth.* La juventud —dice Juan—, es un rebaño de aquellos onocentauros de que habla el profeta (*Is.* 13, 22, LXX). Dominados de salvajes concupiscencias, saltan, cocean y corren sin freno, sin la más leve idea de sus deberes. Y los aquí culpables son los padres. A un potro se le doma pronto. A los hijos, empero, se los deja por mucho tiempo ir sin freno por todas partes perdida la castidad, deshonorándose en deshonestidades y juegos y perdiendo el tiempo en estos teatros de iniquidad...». No sabes que no puedes hacer a tu hijo favor comparable al de guardar su cuerpo limpio de la impureza de la fornicación? Nada hay, en efecto, más precioso que el alma... Pero todo lo ha trastornado, todo lo ha echado por tierra el amor del dinero que ha desterrado el temor de Dios y se ha apoderado de las almas de los hombres, como un tirano de una ciudadela ...De ahí la inmensa insensatez; de aquí que los hombres libres estén más vilipendiados que los esclavos. Porque por lo menos a los esclavos, si no por interés de ellos, sí por el nuestro, los reprendemos por sus faltas; pero los hombres libres no gozan de esta providencia, sino que se los tiene en menos que a los mismos esclavos. Pero, ¿qué digo de los esclavos? Las bestias están más apreciadas que los hijos, y más nos cuidamos de nuestros asnos y caballos que de nuestros hijos. El que tiene una mula, se preocupa mucho de hallar un buen arriero que no sea un tonto o ladrón o borracho, sino que conozca bien su oficio. En cambio, cuando se trata de poner un maestro para el alma del niño, echamos mano, sin ton ni son, del primero que se presenta. Y, sin embargo, no hay arte superior a ésta. Porque, ¿qué hay comparable a formar un alma y a plasmar el espíritu de un joven? El que profesa esta ciencia, con más escrúpulo ha de proceder que cualquier pintor o escultor en su obra».

Las mismas ideas, las mismas imágenes que en el *De inani gloria*; pero sin el calco servil, sin la brutal dependencia que delataría un pseudo-crisóstomo. No. En uno y otro caso, percibimos la voz del auténtico Crisóstomo, pastor de almas, preo-

cupado profundamente por él problema de los problemas que es el de la educación de la juventud.

LECTURAS PARALELAS

Se ha alegado, en fin, contra la autenticidad crisostómica del *De inani gloria et de educandis liberis* su dependencia de fuentes paganas, en grado superior al que revelan por lo general los escritores auténticos. Schulte estudió en su edición la relación del escrito crisostómico con las doctrinas antiguas en materia pedagógica y, concretamente, con la plutarquiana *περὶ παιδῶν ἀγωγῆς*. No disponemos del estudio de Schulte. Vamos, pues, a hacer por nuestra cuenta la comparación entre el *De inani gloria* y el ensayo plutarquiano *De educandis liberis*.

La autenticidad de la obra plutarquiana fué atacada por D. Wittenbach en su edición de los *Moralia* (Oxford, 1795-1830). Marrou, sin embargo, en su reciente obra «*Histoire de l'éducation dans l'antiquité*» (Paris, 1955), p. 513, no da por demostrada la tesis de Wittenbach. Humbert y Berguin (*Hist. illustré de la Litt. grecque*, Paris, 1947), la suponen auténtica. A priori, Plutarco que escribió *de omni re scibili*, bien pudo también tratar tema tan manido como la educación de los hijos, a lo que pudo además convidarle el hecho de haberlos tenido numerosos. Vamos, pues, a dar por supuesta la autenticidad del *De liberis educandis* que aquí, por lo demás, sólo nos interesa en su problemática relación con la obra de San Juan Crisóstomo. Pero, ¿leyó siquiera San Juan Crisóstomo la obra de Plutarco? De antemano se puede poner en duda. Los que imaginan a San Juan Crisóstomo con un libro profano en la mano, es que no lo conocen. Los que nos lo presentan como una fusión y armonía del espíritu helénico y del cristiano, tampoco. Así podemos imaginarnos a un San Gregorio Nacianceno o a un San Jerónimo. Pero Juan, como en otro lugar hemos notado, vive plenamente de la Biblia y de su mundo. Todo el ambiente del *De inani gloria* es bíblico, como lo es el de toda la inmensa obra crisostómica (Luego, al determinar más concretamente el carácter del opúsculo *De inani gloria*, comprendemos con la evidencia misma que así tenía que ser). Valga un ejemplo por

todos. La vanagloria se asemeja a los frutos de Sodoma. Muy brillantes por fuera; si se los aprieta un poco, los dedos se hunden en polvo y ceniza. Es decir, que una comparación que pudiera tomarse de un hecho corriente, necesita por lo menos del exorno de una alusión bíblica (Por cierto que la referencia de Exarchos a la *Hom.*, 8, 3, in 1 *Thess.*, bastaría por sí sola para demostrar la autenticidad crisostómica del *De inani gloria*). Una lectura simultánea de uno y otro escrito nos harán sentir su profunda diferencia. Y, ante todo, la posición de San Juan Crisóstomo es esencial y aun totalmente religiosa; la de Plutarco puramente natural. Muy sensata desde luego, muy digna de tenerse en cuenta; pero, en definitiva, sin más horizonte que el puramente terreno y sin apenas otro criterio de bien o mal que la terrena conveniencia. Los ejemplos nos saltan desde la primera página: «A los que deseen ser padres de hijos gloriosos yo les aconsejaría que no se unan a mujeres cualesquiera, quiero decir, a rameras o concubinas; pues a los que no tienen un limpio origen de parte de padre o de madre, les acompaña por toda la vida el estigma de su mal nacimiento y son terrero de quienes quieran avergonzarse e insultarlos» (1, B). Naturalmente, el fin de la educación es la virtud. Ahora bien, a la virtud han de concurrir la naturaleza, la palabra y la costumbre. Por palabra hay que entender la enseñanza y por costumbre el ejercicio: «Como en la agricultura es menester que la tierra sea buena, el labrador inteligente y las semillas escogidas; por semejante manera, a la tierra responde la naturaleza, al labrador el educador y a la semilla los consejos y preceptos» (2 B). Así se formaron las grandes almas de los que han alcanzado gloria perenne: Pitágoras, Sócrates, Platón. No se crea, sin embargo, que las deficiencias de la naturaleza no son corregibles por medio de la enseñanza y del ejercicio (del trabajo y del esfuerzo que indica la palabra *μελέτη*. Un dicho de los siete sabios afirma que la *μελέτη* lo es todo). Lo mismo que la negligencia echa a perder las mejores cualidades naturales, así la diligencia y el esfuerzo vencen las mayores dificultades. Los ejemplos son infinitos. Las gotas de agua taladran las piedras y el contacto de la mano desgasta el hierro. Las ruedas de los carros, dobladas por esfuerzo, no

hay manera de enderezarlas nuevamente. Así los bastones de los cómicos. El autor, en estilo muy plutarquiano, se extiende complacientemente en ejemplos y comparaciones interminables para aclarar una idea que es la claridad misma. Y muy plutarquianamente también se termina confirmando lo dicho con un ejemplo. Licurgo cría dos cachorros, hijos de una misma madre, de modo totalmente distinto. Y luego, ante los atónitos espartanos, uno tira al plato que se le pone delante y otro se echa tras la liebre que le sueltan (3 B). San Juan Crisóstomo toma también por base de la educación la naturaleza y recomienda a los padres que miren y remiren cada día qué ventaja tenga el niño de la naturaleza, a fin de favorecerla; qué defecto le venga de la misma naturaleza, a fin de corregirlo (c. 22). Pero a eso se reduce todo. No se ve parentesco alguno con la idea plutarquiana ni se halla rastro de sus comparaciones. En ese mismo capítulo 22, Juan compara la obra de la educación con la labor de pintores y escultores. Esta comparación es típicamente crisostómica (lo que no quiere decir que sea creación suya), pues se repite insistentemente en otros escritos⁶. Ahora bien, la ausencia de imagen de la estatua o del cuadro en Plutarco y la ausencia de las imágenes plutarquianas en San Juan Crisóstomo probarían bastantemente la independencia de una y otra obra sobre la educación de los hijos (la persistencia, en cambio, de la imagen de la escultura y pintura en la obra crisostómica demuestra la autenticidad del *De inani gloria*). Notemos de paso que en tres de los pasajes citados en nota se emplea por educar la palabra ῥοθμιζειν de uso también constante en el *De inani gloria*. Se trata en realidad de una metáfora y, si no invención, es por lo menos muy característica de San Juan Crisóstomo. En Platón (*Phaidr.* 253 B), se halla con sentido próximo ya a la educación: «el amante persuade y acompasa su amado a las costumbres del

⁶ He aquí las referencias que tomo de Exarchos: *Hom.* 13, *in* 1 *Cor.* 3-4 (PG. 61, 110); *Super «Vidua eligatur»*, 9 (PG. 51, 329); *Adv. opp. vitae monast.* 3, 12 (PG. 47, 370, s.); cf. *ibid.* (PG., 47, 360, s.); *Hom.* 21 *in Eph.* 4 (PG. 62, 154, s.); *Hom.* 59 *in Matth.* 7 (PG. 58, 584, s. pasaje antes citado).

dios en cuyo séquito va». Plutarco (3 E) dice muy bellamente: «Así como es menester, apenas nacidos, formar los miembros de los hijos, para que crezcan rectos y sin desviación, así hay que enderezar (ῥυθμιζειν) desde el principio sus costumbres». Pero en nadie aparece con tanta frecuencia y predilección la palabra como en San Juan Crisóstomo. A su lado retrocede la palabra propia παιδεύειν que en su voz media significa castigar (c. 30), como si no fuera posible educación sin palmeta (así lo dice el célebre verso menándrico: ὁ μὴ δαρεῖς ἄνθρωπος οὐ παιδεύεται, que popularizó Goethe). Aquí justamente, donde se trata de poner ritmo en las costumbres de los jóvenes, habla Plutarco de la plasticidad de la juventud: «Como los sellos se imprimen en la blanda cera, así las enseñanzas se graban en las almas de los niños». Juan dice a su vez: «Si en el alma tierna aun se imprimen las buenas enseñanzas, nadie las podrá arrancar, cuando se hayan endurecido como un cuño. Lo mismo que la cera» (c. 20). La dependencia parece evidente y, sin embargo, se trata de un mero lugar común. Ninguna de las palabras típicas de la comparación plutarquiana ha pasado a la de Juan. En el capítulo 37, emplea también la comparación de las plantas. «Como las plantas requieren especialmente cuidado cuando son tiernas, así los niños...». Pero no sería lícito argüir que Juan piense en el pasaje inicial del *Eutyphron*, 2 d, en que Sócrates tributa a Meleto el alto elogio de ser el único político que empieza por donde se debe empezar. Porque hay que cuidar ante todo de que los jóvenes sean lo mejores posible, como el buen agricultor cuida primero de las plantas nuevas, y, después, de las obras.

Dada precisamente la plasticidad del alma del niño, recuerda aquí Plutarco el precepto platónico sobre los cuentos que hay que contar a los niños. Hay que operar una selección y, de los cuentos así seleccionados, persuadir a las madres y nodrizas que se los cuenten a los niños «y así plasmen con sus cuentos las almas de los niños mucho más que los cuerpos con sus manos» (*Resp.* 377 B-C). Plutarco se limita a dar la razón a Platón; Juan, en cambio, dedica toda una serie de capítulos (36-53), a la guarda de la puerta del oído. Las narraciones que el niño cristiano ha de oír han de tomarse todas de

la Biblia. Nada de fábulas ni mitos paganos o simplemente profanos. En otra parte hemos analizado esta parte de la obra crisostómica y hemos reivindicado para él la gloria de haber sido el primero en descubrir la fuerza plasmadora y educativa de los relatos bíblicos. La doctrina platónica sobre los «mitos» en la educación, que pudo ciertamente ser conocida por San Juan Crisóstomo, está aquí ampliamente rebasada.

Por lo demás, el tema propiamente *περὶ τροφῆς* (3 C), no está tocado por Juan. Las madres —dice Plutarco—, han de lactar por sí misma a sus hijos. De no ser ello posible, las nodrizas han de ser serias «y, ante todo, helénicas por sus costumbres». Leído ésto por un cristiano, sólo podía significar que fueran de costumbres gentiles. Lo mismo hay que decir de los esclavos que han de servir a los niños y han de criarse con ellos: Han de ser de buenas costumbres «y hablar y pronunciar bien el griego». Ni con bárbaros ni con gestos de mal vivir ha de tener trato alguno, el niño, no sea se le pegue algo de su maldad. Tiene razón el refrán que dice: Si vives con un cojo, aprenderás a cojear» (4 A).

El cuidado en la elección de los esclavos que han de tratar al niño es común a Plutarco y a San Juan Crisóstomo; pero éste no se preocupa para nada de la pureza de la lengua, sino de la del alma. Más bien censura el afán exclusivo con que los padres procuraban que sus hijos se formaran en la elocuencia, despreocupándose de su formación espiritual: «¿Qué hay comparable a formar un alma y a plasmar el espíritu de un joven? El que profesa esta ciencia, con más escrúpulo ha de proceder que cualquier pintor y escultor en su obra. Pero nosotros (e. d., los padres), ningún caso hacemos de eso. Sólo a una cosa miramos: a que se instruya en la lengua» (*Hom. 59, 7 in Matth.*). Y en el discurso a un padre cristiano del *Adv. opp. vitae monast.* (III, 11-12), hay una invectiva contra ese inmoderado afán de la elocuencia que no parece había de haber salido del que había de ser boca de oro de la misma. La influencia de las buenas o malas compañías es naturalmente lugar común; pero, ¿cómo olvidar, una vez leído, ese refrán plutarquiano: «Si vives con un cojo, aprenderás a cojear?». Bien podemos sospechar que Juan no lo leyó. Para él, ahí es-

taba siempre a punto la paulina: *Corrumpunt mores bonos colloquia mala* (1 Cor. 15, 33), palabra alada que hubo de venirle a San Pablo por el aire de la conversación, sin necesidad de ver un verso de Menandro (Sorprende un poco no hallar, sin embargo, la cita paulina en el *De inani gloria*, donde el apóstol figura tan frecuentemente como en cualquier otra obra crisostómica).

Llega el momento en que hay que señalarle al niño un «pedagogo». El niño estaba bajo el «pedagogo», desde la edad escolar y función suya era acompañarle en sus salidas a la escuela, llevándole los enseres escolares, y reprenderlo caso de mala conducta. Por lo general se designaba para este menester a esclavos viejos que los vasos y terracotas nos presentan siempre como ligeramente ridículos. Esto hace clamar, un poco retóricamente acaso, a los moralistas, y aquí coinciden plenamente Plutarco y San Juan Crisóstomo. Según Plutarco, el esclavo a quien se confíen los hijos no ha de ser *ἀνδροπόδον*, es decir, esclavo que proceda de botín de guerra, ni «bárbaro», ni *παλίμβολος* o esclavo que cambia de dueño. «Porque lo que ahora hacen muchos es el colmo de la ridiculez. De los esclavos buenos a unos se los destina a la agricultura, a otros a la navegación, a otros al comercio, a la administración o a la banca. Al prisionero de guerra que ven borracho y lujurioso, incapaz para todo negocio, a ese toman y le encomiendan los hijos. Cuando el «pedagogo» debiera ser tal, por su calidad, como Fénix, pedagogo de Aquiles» (4 B). Huelga advertir que sería vano buscar en la obra de San Juan Crisóstomo la más leve alusión a la «pedagogía» de Fénix respecto de Aquiles. Sí, pueden, en cambio, hallarse frecuentes invectivas contra los pedagogos o contra la negligencia de los padres en poner a sus hijos en manos indignas. Los textos han sido ya aludidos o citados (cf. cap. 38). Hay aquí indudablemente coincidencia de fondo entre el escritor pagano y cristiano; pero sólo por tratarse de un lugar común. El lamento sobre el triste papel del «pedagogo», esclavo inútil y viejo, cuando no degenerado, en contraste con la alta función a que se le supone destinado.

Plutarco anuncia ahora (4 B), que va a decir algo que sobrepasa en grandeza e importancia a todo lo hasta aquí dicho:

Los maestros que hay que dar a los hijos. Esos maestros han de ser intachables en su vida, irreprochables por sus costumbres y excelentes por su experiencia. «Porque la fuente y raíz del bien obrar es alcanzar una legítima educación, νομίμου παιδείας. Siguen unas páginas en que hay calor de vida. El tema de la educación de los hijos es de los que se prestan a la buena elocuencia. Plutarco toma aquí el tono de un decidor de oráculos χρησμολογεῖν μᾶλλον ἢ παραινεῖν δόξαιμ' ἂν εἰκότως. Páginas de elocuencia infinitamente más cálida sería fácil hallar en San Juan Crisóstomo. Por ejemplo, *Hom. in Matth.* 46, 6; 59, 6: Aquí con clara influencia platónica («No nos preocupamos de nosotros mismos, sino de las cosas de nosotros mismos, como tampoco miramos y proveemos por la mujer, sino por las cosas de la mujer; ni por los hijos, sino por las cosas de los hijos»). Mas si repasamos el *De inani gloria et de educandis liberis* nos hallamos con la sorprendente realidad de que en él no se habla ni de maestros ni de *paideia*. ¿Es posible que en un tratado de educación no se hable de maestros ni de educación? De maestros se habla alguna vez; pero siempre incidentalmente. Por ejemplo, cap. 18. «Si, pues, desde su primera edad carecen los niños de maestros, ¿qué será de ellos...? La verdad es que los padres ponen todo empeño en que sus hijos se instruyan en las artes, las letras y la elocuencia, pero nadie se preocupa para nada de que se ejerciten en la virtud». Aquí está implícita la *paideia*; pero Juan le opone el ejercicio de la virtud. Más adelante hallamos otra mención del maestro, muy interesante por otros conceptos, pero bien ajena a la mística exaltación de Plutarco. El padre ha contado al niño la historia de Caín y Abel. Caín oye la maldición divina: «Con gemido y temblor vivirás sobre la tierra». El niño no entenderá eso de gemido y temblor. El padre entonces le pondrá un ejemplo perfectamente claro: «Así como tú, cuando estás delante del maestro, lleno de angustia, si alguna vez tiene que azotarte, y temes y tiembras, así vivía siempre Caín por haber ofendido a Dios».

Se da, pues, por supuesto que el niño cristiano frecuenta la escuela, que era pagana, y hasta tiene que sufrir sus buenos azotes de parte del maestro; pero la influencia profunda y de verdad educadora la recibe dentro de la familia. Del padre

y de la madre ante todo; y también de esclavos, pedagogos y acompañantes. Para la mente de San Juan Crisóstomo el *διδάσκαλος* no entra en la compañía habitual y de verdad influyente en la formación del niño. He aquí una prueba. El padre cuenta al niño la huida de Jacob ante la amenaza de muerte por parte de su hermano Esaú: «Este hermano se marchó y se fué a cierto lugar sin llevar a nadie consigo, ni esclavo, ni provisor ni pedagogo, ni otro alguno». Entre las personas que el niño podía imaginar acompañaban a Jacob, entra el pedagogo, pero no el maestro. Y esta era la realidad.

Mas ya que el *διδάσκαλος*, pieza fundamental de la *paideia* para Plutarco, como la *paideia* misma, muy helénicamente, es a su vez la fuente y raíz de toda bondad y bien superior a todos los otros, no entre en el cuadro familiar del niño tal como lo imagina San Juan Crisóstomo, ¿cómo no pensar en él como elemento extraño de capital importancia? No hallo una sola alusión en este sentido dentro del *De inani gloria*. Sorprende de pronto la ausencia de esta preocupación en San Juan Crisóstomo. Quien la sintió vivamente fué San Basilio. Su *Hom.* 22, el famosísimo tratado o discurso «a los jóvenes sobre el provecho que pueden sacar de las letras helénicas», no es una exaltación de la literatura griega, sino un *caute lege* para los jóvenes cristianos que forzosamente tenían que pasar por las escuelas paganas. La idea de selección y discernimiento domina toda la alocución a los jóvenes (que fueron probablemente dos sobrinos del santo). «Las abejas ni van igualmente a todas las flores, ni de aquellas mismas a que vuelan lo toman todo».

Esto nos pone ante un problema, que sólo lo es partiendo de nuestras ideas actuales sobre enseñanza y educación, tan distintas de las de entonces ⁷. La Iglesia no se preocupa de la escuela pagana y el cristiano la frecuenta con la mayor

⁷ El problema ha sido últimamente tratado con gran serenidad por H. I. MARROU, en *Histoire de l'éducation dans l'antiquité* (París, 1955), p. 416 c. 9, «Le christianisme et l'éducation classique». Obra clásica en la materia fué antes *El fin del paganismo*, de G. BOISSIER, versión española por P. González Blanco (Madrid, 1908).

naturalidad. Allí se daba la *paideia*. Esta había que adquirirla, pues contra lo que opinara Celso en el siglo II, cristiano no era sinónimo de *apaideutos* o inculto. Como se aceptaba nacer griego, o, por lo menos, dentro del mundo cultural griego, se aceptaba la instrucción propia del hombre griego o helenizado. Pero es evidente que para un cristiano eso no era la educación. La escuela, en cualquiera de sus grados, no le daba su forma y formación más profunda. En el siglo IV, ni se la daba ni se la quería dar. La *paideia* era un instrumento, una *tecne* o conjunto de *tecnes*; pero no podía ya ofrecer un ideal. Los maestros eran perfectamente neutros y neutrales. El gramático enseñaba gramática, el rétor retórica y hasta el filósofo filosofía; pero nadie se sentía portador de un secreto de formación humana. El primero que quiso hacer de la escuela campo de propaganda religiosa fué Juliano. Juliano creó la primera escuela confesional. Para leer a Homero había que creer en los dioses de Homero (¿y qué decir si ya Homero no creía en ellos?). Sabemos la protesta de San Gregorio Nacianceno, el antiguo compañero de estudios de Juliano en Atenas. San Juan Crisóstomo no dió importancia al caso. La Iglesia, pues, con un sentido profundo de su misión, se reservaba plenamente la formación religiosa de sus hijos —imprimir en sus almas la forma de Cristo— y para ello disponía de dos focos vivos de influencia: el hogar cristiano y el templo cristiano (que entonces como ahora se llamaba también Iglesia). La cosa técnica, la *paideia*, no le importaba nada que se aprendiera entre «los de fuera». Hoy la gente queda tan tranquila, con cursar una asignatura más que es la religión. Pero dejemos ésto.

Seguidamente Plutarco toca algunos puntos de la *paideia* y, como no podía ser menos, el primero se refiere a la elocuencia. Hay que mantener a los jóvenes lo más alejados posible de la necedad de los discursos improvisados ante las grandes muchedumbres de las *panegyries*, las ferias o grandes fiestas helenicas. Dar gusto a la muchedumbre es disgustar a los sabios.

Tras la elocuencia viene el capítulo de la filosofía, «que hay que considerar como culminación de toda la otra *paideia*» τῆς ἄλλης παιδείας ὡς περ κεφάλαιον ποιεῖν τὴν φιλοσοφίαν. Según Bión, el filósofo, la filosofía, es Penélope y las otras dis-

ciplinas son sus sirvientas. La comparación que sigue hubiera hecho hacer a un cristiano la señal de la cruz. Muy bella, por lo demás, esta página de exaltación de la filosofía; pero podemos sin miedo afirmar que San Juan Crisóstomo no la hubiera hecho suya. Limitándonos al *De inani gloria*, también en él aparece alguna vez la palabra filosofía; pero es en el sentido que le da siempre San Juan Crisóstomo y que aquí se expresa en una de sus más bellas fórmulas: ἡ ἄνω φιλοσοφία: «Los niños han de hablar siempre de Dios, de la filosofía de arriba» (c. 28). Es decir, aquí como en toda la obra de San Juan Crisóstomo, filosofía es aproximadamente sinónimo de religión y fe cristiana, de santidad y perfección evangélica. El filósofo por excelencia era, en el siglo iv, el monje. Pero si releemos la página plutarquiana, comprenderemos bien por qué la noble palabra, gloria y cifra del helenismo, pudo adquirir ese sentido en boca de un cristiano: La filosofía era la única y la mejor religión del hombre culto. Más que la profesión de unas ideas abstractas, una actitud íntima y total ante la vida, ante el mundo y el ultramundo. Plutarco tiene razón en llamarla culminación de la *paideia* en cuanto esta era educación total del hombre; pero los cristianos tenían también razón en aplicarla a su religión, que era su auténtica *paideia*.

Sobre la educación física, sólo unas palabras nos dice Plutarco; las suficientes para asegurarnos que aquí nos habla un auténtico griego. Como se enviaba al niño al *didáscalo*, al joven había que mandarlo al *paidotribes* o maestro de gimnasia, La euritmia del cuerpo no era menos de estimar que la del espíritu. Nada parejo en la obra de San Juan Crisóstomo (y acaso en la de ningún Padre de la Iglesia. El tema está por estudiar). El cuerpo es templo de Dios y se cuida escrupulosamente de su pureza; pero no de su euritmia y menos de su robustez.

Plutarco no quiere que se empleen castigos corporales, que dicen bien con esclavos, pero no con hombres libres. La alabanza y la reprensión son mucho más eficaces, en un hombre libre, para apartarlo de lo vergonzoso e incitarlo a lo bueno. Habrá, sin embargo, que usar con tino de las alabanzas y saberlas alternar con los reproches, pues la excesiva alabanza

forma al joven vacuo y descarado. San Juan Crisóstomo es aquí del mismo sentir. Si el niño infringe la ley de no insultar a nadie, hay que castigarlo, a veces con mirada severa, a veces con fuerte reprobación, pero no con golpes a la continua. Sería mal procedimiento acostumbrarle al castigo, pues terminaría despreciándolo y el desprecio lo echa todo a perder. Amenácesele, pero sin venir a la obra. Levantar la correa, pero no bajarla. Eso sí, que sepa que puede bajar cualquier momento; pero si con la amenaza basta, no llegar a la obra (c. 30). Las recomendaciones de Plutarco sobre no recargar de trabajo a los niños, pudieran muy bien pasar a las páginas de nuestros periódicos que han puesto —y con razón—, de actualidad la cuestión. San Juan Crisóstomo habla también alguna vez de la *ἀνεσις*, pero muy a la ligera. El no toca el tema del trabajo escolar que pertenece a la *paideia*. Así, por su profunda diferencia de fondo, ambas obras se van distanciando más y más y sólo rara vez se rozan tangencialmente y, a mi ver, por pura coincidencia. Pero justamente donde se percibe casi diríamos brutalmente la independencia de ambos escritos y escritores es allí donde el tema es el mismo. Compárese el capítulo 28 del *De inani gloria* con 10 F y 11 ABC del *De educandis liberis*. En ambos se trata de la guarda de la lengua. El chiste de Sotades a costa de Ptolomeo Filadelfo que pagó con la cárcel, es de los que hubieran también obligado a hacer la señal de la cruz al cristiano Juan. Pero aun en todo lo demás la diferencia es abismal. Y cosa más notable: San Juan Crisóstomo no se acuerda de reprimir en el niño la mentira, y Plutarco sí.

Y viene ahora un punto que será para nosotros punto final en esta lectura paralela, no muy inadecuada en una obra de Plutarco. Cuanto hasta aquí ha dicho éste sobre educación, buena conducta y templanza de los hijos, lo ha tratado sin duda ni vacilación alguna. Pero ahora oscila a una y otra parte y su mente sube y baja como platillo de balanza desequilibrada. La cuestión que así hace oscilar un pensamiento de ordinario tan macizo y de sentido común es esta: ¿Hay que permitir que los amantes de nuestros hijos traten y convivan con ellos o hay que alejarlos a todo trance de semejante trato y convivencia? Los padres que Plutarco conoce son en esto rígi-

dos, ásperos y agrios y tienen por supremo ultraje que sus hijos traten con sus amantes. Pero, ¿qué decir de Platón, de Jenofonte, de Esquines y Cebes, y tantos otros hombres ilustres que aprobaron el amor de los muchachos y condujeron a éstos a la *paideia*, al gobierno del pueblo y a la virtud? De ahí la vacilación de Plutarco que es la misma que han sentido tantos otros al tratar del amor «dorío», el turbador fenómeno de la vida y de la literatura griega. Quien no hubiera vacilado un momento, de haber leído esta página plutarquiana, hubiera sido San Juan Crisóstomo. Tal amor, para él y para todo sentir cristiano, era una abominación pura y simple. Platón que en *Resp.* 468 B (pasaje citado por Plutarco), pone por premio del valor mostrado en el campo de batalla la licencia de besar a muchachos y niños, hubiera recibido los más duros dicterios, como los recibe, por esta misma causa, en otras obras. En otro lugar se ha aludido a la actitud de San Juan Crisóstomo ante la corrupción de la juventud de su tiempo y ciudad en este punto de perversión sexual. Aquí, en el *De inani gloria*, hay algún ligero toque de atención sobre ese peligro para el niño (c. 76); pero no se insiste en ello. Tampoco insistamos nosotros. Lo que sí cabe afirmar es que hay aquí un abismo literalmente infinito entre la concepción cristiana y la helénica que aun trata de defender Plutarco con frágiles distinciones. De haber leído su obra, este sólo capítulo hubiera bastado para que el educador cristiano abominara de ella.

Podemos, en fin, concluir que se trata de dos obras que sólo se tocan en el enunciado de su tema. No puede en absoluto hablarse de dependencia literaria. Su confrontación, sin embargo, acaso no haya resultado sin provecho, aquel por lo menos que buscaba San Basilio en su ya citado discurso a los jóvenes: «Si entre unas y otras doctrinas hay alguna afinidad, su conocimiento puede sernos de provecho; si no, por lo menos el haberlas puesto en parangón y comprendido bien su diferencia, no es pequeña parte para confiarnos en lo mejor» (*πρὸς τοὺς νέους* III).



Nos falta insertar el *De inani gloria*, en el conjunto de la obra de San Juan Crisóstomo. Según Haidacher, el *De inani gloria* sería una homilía pronunciada por San Juan Crisóstomo dentro de la serie de las *Hom. in Eph.*, entre la 10 y 11 de las actualmente conservadas. Efectivamente, la *Hom. 10 in Eph.*, contiene un cuadro espantoso de los estragos que la vanagloria ha causado en el cuerpo de la Iglesia. Bajo la imagen de un incendio devastador, el homileta pinta la desastrosa situación de la Iglesia, atacada en miembros y cabeza por la vanagloria. El tema de la *Hom. 10*, es la unidad de la Iglesia: «Un sólo cuerpo y un solo espíritu, a la manera que habéis sido llamados en una sola esperanza de vuestra vocación» (*Eph. 4, 4*). La vanagloria es causa de que se rompa esta unidad, y quede reducida a cenizas toda la hermosura de la Iglesia:

«¡Mas, oh lágrimas amargas! Todo esto lo ha devorado la tiranía de la vanagloria, fuego que todo lo arrasa, y nadie se ha levantado por encima de esta calamidad. Todos estamos contemplando el fuego, pero nadie es capaz de apagarlo. A lo más, lo extinguimos por dos o tres días, y luego salta una chispa que nuevamente lo trastorna todo... Lo grave es que el fuego ha atacado a las columnas que debieran sostenerlo todo. Los que están puestos por Dios para curar a los demás, necesitan también de medicina...». No hay otra esperanza de salvación que la oración y penitencia, a ejemplo de los ninivitas. Roguemos a Dios nos libre de la fiera feroz y espantosa...

Así termina la *Hom. 10 in Eph.* La imagen de la fiera pudo quedar grabada aun en la mente del predicador. El hecho es que ella inicia la nueva homilía, es decir, el tratado *De inani gloria*. Tampoco se ha olvidado del todo la imagen del incendio. El tema sigue siendo la unidad de la Iglesia. La fiera la desgarró en mil pedazos y sólo Dios puede apartarla y obligarla a volver a su madriguera. El enlace, pues, entre la *Hom. 10, in Eph.*, y el comienzo del *De inani gloria* no puede ser más cabal. Luego se prosigue la invectiva contra la vanagloria en estilo muy crisostómico en que una palabra o alusión puede dar lugar a una digresión que nos hace olvidar absolutamente el punto de partida. ¿Quién se acuerda aquí ya de la *Epístola a los Efesios* (si es que efectivamente la *Hom. 10*, es comentario de ella)? Pero

lo mismo acontece con tantas digresiones de las *Hom. in Matth.* o de cualesquiera otras. Así llegamos sin dificultad al cap. 15 del *De inani gloria*, en que terminaría este tema y se iniciaría el tratado propiamente dicho «sobre la educación de los hijos». Pero, en realidad, no es exacto decir que en el capítulo 15 termina la primera parte del tratado. El *De inani gloria*, a despecho de toda apariencia y del doble título que se le cuelga, forma una unidad cerrada, dentro del estilo de San Juan Crisóstomo en que la digresión es ley constante y las ideas se atraen y enraciman como cerezas. En el cap. 16 se empieza a hablar de los hijos; pero es para combatir la vanidad con que se los cría. El autor se va poco a poco olvidando del tema de la vanagloria y se halla metido de codos en el de la educación. Una nueva imagen acude a la mente del predicador: El alma del niño es como una ciudad recién fundada y, apoyado en esta imagen, desenvuelve la doctrina de la educación cristiana de los hijos. Nos podrá sorprender, nos podrá gustar o disgustar el procedimiento literario de San Juan Crisóstomo; pero es evidente el suyo. El procedimiento de la pura espontaneidad, del que habla e improvisa, no de quien tranquilamente compone y escribe. De ahí la impresión de «descosido», que nos dan sus obras y, señaladamente, sus homilias que son casi toda su obra. Jamás puede preverse de lo que se va a tratar, aunque se nos enuncia en el tema o nos lo prometa el orador. El *De inani gloria et de educandis liberis* nos da también la impresión de dos temas inconexos y mal zurcidos entre sí. Pero de esto tiene la culpa el título corriente del opúsculo. Leído éste sin prevención ninguna y olvidados de todo título, no hallaremos un momento en que se rompa la continuidad. La idea de las dos partes de la obra es producto de los críticos y la afirmación de que la primera (c. 1-15), pudo ser de San Juan Crisóstomo y la segunda (c. 16-90), proceda de mano extraña, no resiste la simple lectura. Hay que afirmar decididamente, con Exarchos, no sólo la autenticidad, sino la unidad de la obra crisostómica. Una unidad como puede darla la improvisación: Con cien incisos y digresiones, desigualdades de desenvolvimiento e intercalaciones imprevistas. Unidad acaso más de tono que de materia. Vida más bien que lógica. Es la sola que suele darnos San

Juan Crisóstomo que, aquí como en tantas cosas más, contradice la imagen que de él se forjan los que no lo conocen (que son infinitos). No es el orador pulido y elegante ni menos el Demóstenes grandilocuente, sino el homileta o conversador, en contacto constante con su auditorio, el apóstol y pastor de las almas, cuyas necesidades varias, que él intuye, le marcan también el curso infinitamente vario del río de su palabra, siempre viva, siempre cálida, jamás convencional o puramente literaria. La única dificultad que pudiera ponerse a la inserción del *De inani gloria* entre las *Homs. 10 y 11 in Eph.*, sería el hecho mismo de la transmisión independiente del opúsculo, hecho que, como sabemos, le costó bien caro: Negársele la paternidad crisostómica y no haber entrado en las grandes colecciones de las *Opera omnia*. La explicación del hecho hay que buscarla en el carácter mismo de la obra. Sin dejar de ser una homilía, no anda ligada a ningún texto escriturario. La *Hom. 10 in Eph.*, lleva delante: ἔν σαρκί καί ἐν πνεύματι de *Eph.*, 4, 4. Se puede dudar se trate de comentario propiamente dicho. De hecho la *Hom. 11 in Eph.*, repite el mismo texto y lo comenta más regularmente y... más secamente. La *Hom. 10* fué probablemente, en su origen, independiente y a ella hubo de seguir inmediatamente el *De inani gloria*. Aquélla, gracias al texto paulino, se insertó entre las homilías *in Eph.*; el *De inani gloria*, como tratado suelto y sin enlace claro escriturario, anduvo sin lugar fijo y terminó por ser considerado espurio. Pero la continuidad entre la *Hom. 10 in Eph.*, y el de *De inani gloria* es tan indubitable que basta leerlos seguidamente para vencerse de ella.

El comienzo del *De inani gloria* y toda la *Hom. 10* (y también la 11), *in Eph.*, nos lleva a la época del cisma antioqueno. Ello no es precisar mucho. Evagrio, el último obispo eustaciano, sucesor de Paulino, muere hacia 393 (o hacia 398). Pero el cisma se prolongó hasta las fechas en que ya San Juan Crisóstomo era obispo de Constantinopla. Poco después de su entronizamiento, envió una embajada a Roma para lograr el reconocimiento de Flaviano, obispo único de Antioquía. La comunión de Roma puso fin al largo y triste episodio del cisma antioqueno.

Tiene, pues, el lector ante sus ojos un áureo tratadito, tan ignorado como digno de ser conocido, de cuya autenticidad crisostómica no puede haber duda alguna. Queda inserto, con claro sentido, en el conjunto de su obra y hasta en un momento de su vida. Sería ocioso ahora ponderar su valor. No lo vamos a calificar de obra genial. Su paralelo con la obra de Plutarco nos ha revelado alguna de sus deficiencias. No es un tratado completo *de educandis liberis*. La objeción más grave que yo le pondría es cierto sentido negativo que domina toda la parénesis de la obra. Pero esta objeción acaso haya de extenderse a la mentalidad entera de S. Juan Crisóstomo y de otros grandes contemporáneos suyos. La aducción a los jóvenes del gran S. Basilio, aquí varias veces citada, sienta como principio de cuanto les va a decir esta solemne afirmación: «Nosotros, hijos míos, consideramos que la presente vida humana no vale absolutamente nada...». Posición estrictamente cristiana; pero evidentemente extrema. A un orador se la podemos tolerar; a un teólogo le exigiríamos alguna mayor precisión. Como quiera, el cristiano de hoy la recibiría con muchas reservas. La educación, por tanto, cristiana de hoy no podría partir de un postulado tan radicalmente negativo. La vida presente es un valor, aunque no sea un valor absoluto. El tiempo es puente de la eternidad. El cristianismo ha de realizarse en realidades terrenas y concretas. San Juan Crisóstomo (c. 15) adopta solememente la posición estoica: «Todo eso está fuera de nosotros y no tiene que ver con nosotros». Pero la posición estoica está siempre al borde de la soberbia, si no es esencialmente soberbia. La actitud cristiana, más humilde, acepta la dependencia de las cosas. Y, en fin, la actitud y doctrina paulina supera todos los contrastes y establece la verdadera jerarquía: «Porque todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (*I Cor.* 3, 23). Mas aún con estas limitaciones que lo son del tiempo más que de la doctrina, la obrita de S. Juan Crisóstomo es digna de ser leída y meditada. Sus ideas, a prima faz vulgares, se nos aparecen más profundas cuanto más las meditamos. La vanagloria, es decir, la minúscula ambición personal, el triste apego a lo caduco y momentáneo, la pérdida del sentido de lo eterno, es causa del desgarramiento de la Iglesia.

Ramiro de Maeztu afirmaba (sin pensar para nada en S. Juan Crisóstomo) que el mismo origen tiene el separatismo patrio. Es un mero ejemplo. El lector atento y meditabundo los hallará incontables. Y respecto de los consejos para la educación, no se hallará un solo que se pueda dar por caducado. Al leerlos y releerlos, me ha venido a la mente el recuerdo de un librito que se me puso en las manos a la edad de doce años. Algunos de sus consejos son literalmente idénticos a los del *De inani gloria*. El bien que debo al librito de mis doce años (y a los maestros de mi espíritu que me los hicieron observar con la divina sencillez del aire que se respira) no puede medirse con medida terrena. Lo mismo se puede augurar a quien siguiere los que aquí da S. Juan Crisóstomo. Son la eterna e imperecedera sabiduría de la Iglesia.

DANIEL RUIZ BUENO